

- Pruebas, señora, pruebas.

Y que eran lo único que necesitaban, lo único que "de estarnos produciendo"; pruebas nada más y ninguna larga serie de explicaciones o justificaciones o alegaciones que poquita luz iban a arrojar sobre.

Y que si tan difícil era una cosa tan sencilla de entender.

- No - aunque sí que no lo dije.

No pronuncié ninguna palabra y me limité a mover con la cabeza, haciendo saliva con la garganta seca, y a mimar buscar en el bolso tan sólo por hacer el peripé sabiendo que allí nada más había cosas sin importancia de uso cotidiano como uno o dos tocos de más puñales de arroz del día anterior.

Y que por el amor de Dios.

Quise contestar... protestar, sería

más exacto aunque no me sentía con supererentes fuerzas "a Dios ni me lo nombro, y al amor tampoco", pero me contuve cerrando despacio la cremallera del bolso igual me hizo para nada irremediable.

- ¿Ha buscado bien?

- Si - aunque sé que tampoco lo dije, y me me limité a asentir con la cabeza lo mismo que antes tragando saliva con la garganta igual de seca.

- Pero, vamos a ver - el tono se me antojó benevolente y me asustó -, concéptete, sin ambages, ni era aquel o no el mejor rayo de sol de aquella mañana de primavera.

- Era el mejor, ni - afirmé, perseguida de estar cavando mi propia tumba. Pero fue, toda cuenta de fue estaba sentenciada, me tomé la libertad de puntualizar -: El mejor de aquel lugar, el mejor al que supe acceder en aquella mañana que... no sé ni estaré incurriendo en desacato,

era primordial, tal vez, pero aún de
invierno.

- Ya - dejó escapar un suspiro
de alivio, así como quien dice "algo
más sacando su cuero" y, tabaleando
sobre el brazo del sillón, concluyó -: y
esto no era justo.

- Ni razonable - mirando yo ni
planeaba sobre su afirmación la sombra
de una duda mediante la que se está
siempre moviendo; que me pareció ser
que no -: no señor... En mi opinión,
al menos.

- ¡oh, y se le mira! - se apresuró,
con tanto fuego que me reprendí el
no haber sido más entusiasta; aunque
fueron pocos los que me fue a
salirme por ahí.

- Pues eso - aventuré, por tanto -
nos coloca en una situación... conflictiva,
cuando menos, ¿no crees?

- Es decir, ni le estoy entendiendo bien,
que el hecho de que usted y yo este-
mos de acuerdo en algo compleja,
a su juicio, las cosas.

- Oh, no es propiamente que las
complique, es sólo que... - a mi
escasa levedad para encontrar la
palabra oportuna en el momento ade-
cuado (mal, por otra parte, que me
aquejaba de muy antiguo y había llegado
por tanto a integrarse en mi yo y
en mi cada instante de tal modo que
ocasionalmente se atenuaba o reem-
bra me sentía perdida y como angustiada)
vino a sumarme la certeza de que
pese a haber recordado, así, de pronto, que
había salido de casa sin cerciorarme de
que las tijeras me freque después de limpiar
una pescadilla estaba en las puntas
para abajo me quedaba tan tranquila;
y esto, mismo, como digo, a lo otro... quiero

dear una intuición tan nueva en
concentración o convicción. (o en mi-
guna de las dos cosas, porque mi inter-
pretación de la preocupación me tomó tan por
sorpresa que me quedé atónito y si
siguiera discurrir podría) con otra tan
vieja, dio como resultado que de la
mano de mi desconcierto me lanzase
sin premeditación a asegurar de su
fuerza —: que uno de los dos está equi-
vocándose o clauducando o traicionándose
y, eso, arrastra y de al frente no
sólo con el proyecto me acentuaba
de fondo hasta aquí sino con las expec-
tativas de... bueno, toda esta gente.

— Esto es exagerar — dijo una
señora que, junto a su esposo ocupado
de leer los titulares del periódico,
tomaba el sol en la ventana de un
tercer piso —; no sonos tantos.

El mundo murmuró algo que no se entendió y pasó, sin leerlas, tres o cuatro páginas.

- Creo que se pierde algo de nosotros, ¿eh? - me contestó con un dejo de amargura, lanzando una mirada tépida a la pareja.

- No se lo tiene como un fracaso personal - interrumpo, ahora ni en voz alta y clara, el hombre, cerrando el diario -; es que mi mujer y yo no somos de aquí, ¿sabes? - se quitó las gafas y toqué los hombros de ella con el brazo -, sólo hemos nacido de vista.

- El desinterés me muestra por "el proyecto", como lo he denominado la señora (me lo decía por mí, claro), es en tal caso muy lo-

ble - elogio mi anciano.

- Si - una joven - parece constantemente sensato me, ni algo hay que esperar, lo esperemos nada más los que vamos a hacerlos.

- ¡Hombre - otro señor, de mediana edad -, ni alguien fuere voluntariamente esperar, a fondo perdido y aun que esté de paso, tampoco es que vaya más a despreciar! Solo!

- Pues yo opino - le joven - que ese tipo de aportaciones desinteresadas no deberíamos aceptarlas.

Y repitiéndole alguien el porqué de tal hecho se explicó que se corría el riesgo de que el espontáneo esperase, si, y con una actitud muy positiva - ella no iba a dudarlo, pero finalizó -, pero algo obvio, quizás, esperare

o incluso pasajero...

- y eso - interino sin dejarla
terminar otro señor, también de
mediana edad pero mejor traído -,
se conocía muy bien, debilita sus
fuerzas.

- Esto es muy cierto - contaba
un individuo de ^{baja} mediana estatura -;
lo más aconsejable es que se parezca, y
más los interesados, algo único,
grande y, eso por descontado!, inmu-
ne a la temporalidad.

- A mí me parece que yo soy
a saber esperar algo así.

- ¡No has de poder!; la niña
dice que no va a poder - explicó
girándose en torno a la computadora,
impecable en su delantal almidona-
do -, imaginando teniendo, como tiene,

toda una vida por delante.

— La miña le dolo "seber" —
rectificó el camero del bar, que servía
cervezas a los clientes sentados a la
sombra en la terraza.

— Pues aprenderá — el que
limpiaba los cubiles de la flonste-
ra — ni de verdad es tan miña.

Y que los niños son como
espaldas y lo arrastran todo en
segunda.

Pero eso lo era, o en tanto
al menos, como dijese "a mi me
parece... etc.". El calificativo de "miña",
lizo entre el vendedor de coches us-
ados, la carnicera lo había pronunciado
en tres ocasiones.

— ¿De verdad? — repuso la inculpada,
perseguida, sin dejar en obstante de cortar

hiletes de babilla. Y sin esperar
respuesta -: Pues esto me preocupa
porque, este persona matana,
cuando mi marido me le preguntado
si quería ser de merca y si le
le contaba me es, también se
le preguntado de que mi hijo era...
"mordaz", le dicho. Y yo no
soy así.

- ¡Vaya afirmación peregrina! -
advirtió a media voz alguien a
quien todos llamaban "Zúñiga"
Samuel y, en tono más alto
viendo que le centraba en el
los hiletes y se los entregaba
al repartidor de telegramas -: ¿A
quien toca ahora?

Se tocaba al instalador
de todos los, tras intentar ver bu

Saberse útil
Saberse amado
Saberse respetado
Saberse admirado
¿Será posible saber tanto?



lirio con excusas absurdas que me
he negó, hubo de acabar confesando
que se había asegurado en la
barrera y tenía un brazo derecho
bello. Esto dio lugar a un mo-
mento de confusión rayano al pa-
nico, que se resolvió sin embargo
felicemente cuando, casi en un sus-
piro y sin darle importancia,
la prima de los del tercero pidió
discreetamente gramos de hipodermis de
pollo.

— Ahí la tienen — apuntó
alguien de quien se entendió,
como reguero de pólvora, el
momento de que era la madre —
tan sencilla, cuando ayer mis-
mo tuve de enviar un telegrama
tan urgente sin haber logrado

Como las hojas del cuaderno están escritas por una sola cara sólo he escaneado la de la derecha; excepto cuando hay alguna anotación, o corrección o algo...

la causa de la causa.

- El fallo - dijo una señora vestida de lentejuelas - está en que haya que enviar telegramas tan temprano.

- Y más - abundó un caballero de porte magnífico, sí, pero me vestía ropas muy ruidas - considerando que a los jóvenes siempre se les pegan las ribanetas.

De modo que, por una razón u otra, el asunto se iba desvaneciendo - como usted podrá observar - de su cauce. Si las cosas continuaban así se me echaría el tiempo encima... y eso habiéndolo comentado que me quedaba poco arroz.

Usted podría alegar que un puñado - o incluso un cacillo - de más o de menos es irrelevante.

Podría yo, ^{se} ~~puedo~~ ser flexible aunque

no lo era, desde le tapan en el
punto; me es imposible, siempre,
pasar por alto el asunto del
sajo de el lebrde cuenta de fue,
inexorablemente, la manera acau-
zaba.

x x x

y agregó que estaba enfermo
y era muy anciano.

- No hago cargo - repliqué -
pero no sé de qué modo mi inter-
vención mitigaría su pesadumbre.
A menos que, simulando un despro-
te - con tantas cosas como lleva uno
en la cabeza a medida que iba a exten-
sarse, omita en su favor alegar lo del
su dicho puñado...

- Tenga en cuenta - me recordo
en un sago de lealtad digno de suco-

uno - que debe considerarse la posibilidad de que sea un excito.

- Ahí así.

Se le hundieron los ojos y sus labios se hundieron en un murmullo ahogado del que emergieron, entrecortados, fragmentos de palabras en los que el más torpe y hasta el menos vaidoso habían leído sin dificultad.
"no sé cómo se lo podré agradecer".

Yo no soy, ya me vale a la crisis, ni del todo torpe ni excesivamente vaidoso para entender pero ni lo bastante cobardo para darle cuenta de que, ni en efecto y mucho

fel a le palabra me como caba-
llo y tan a le ligera supetes de-
omitrã y no afeaba, le primera
victima del desastre seria innui-
blemente yo.

Azi les abas, desmo' le
mitada y puentó oido atento a
no se' me soundo que el fin de
mi esender ni ver su gratitud
considerando que, ni no la acogía
y no se justelaba en mi memoria,
ni en mis sentimientos, ni en mi
razón, conservaría le libertad de
poder oherme atias y, luego "oh,
bueno, hera muy tanto en lo cabeza
que olvidé recordar el despoite que
le prometiera y omitir".

Es más, llegado el caso aún
dura "no sé cómo podé haberme
perdido".

Y, bueno, si no lo eché
mal la cuenta eso me sus la-
bramos pedo de por ser mejores
problemas de no sufrir el dolor.
debe impuesto de que, ella, sin
reflexiones como si debían reflexio-
nada hasta la fecha todas sus pre-
decesoras, abiera meramente el
bolso... fuera decir de la otra otra
vez la cremallera y lo abre, por
primera vez, si, en realidad, para
extraer, con gesto distraído, el paque-
to envuelto a que aludiese.

- ¡Pero eso es tonto! - cari

gustó poco menos que fuera de mí
algunos a quien todos llamaban
"Leñorita Camelia", bastante por
esto menos felicitos que su
antecesora pero, eso también, me
portento llevando la cuenta de
los turnos. Y, hija de indignación,
sepetó a la cuitada —: ¿el caso
de noche por ventura?

— ¡Oh! — fue todo cuanto alcan-
zó a articular.

Luego apretó con desahucio
los ojos, como intentando contener
las lágrimas y, cuando volvió a
abrirlos, me buscó con ellos in-
causable hasta que me encontró y
yo, afilado, me reingré a leer
en su tristeza "puñado @ cacillo,

poco importante, mas dentro equivo-
cado de lugar o de momento; olví-
delo y anda su camino".

Habría recuperado pues
mi libertad y suponía que eso
debería de ser algo magnífico; sin
embargo, aliviado ahora... puedo
decir "entonces" de terribilidad
alguna, sentí el irrefrenable im-
pulso de acercarme a lo señore
Camelias y:

- O por desventura, pero ni -
y así abundó - : noche cerrada.

- ¿De qué está hablando? - ya
he avisado que era menos fleumática
que lo anterior; se la notaba por
tanto enteramente perpleja.

Siempre había opinado de

mi mismo me voy... o era poco
peleón, pero al verla ahí... o allí,
con la presencia de ánimo tan por
los suelos, no me supe sustraer
a la ingenuidad de pensar:

— Las veintinueve cero cinco,
o incluso y siete. Pero, vamos, que
las once bien dadas seguro me n.

— ¡Cielo santo! — exclamó,
viendo con una astucia que su-
ba sincera al tiempo que, con su
lento movimiento de la mano, indi-
có al momento que podía pro-
ducir. Y, sin la indignación que su-
spetara o espetase, con adorable
dulzura infinito —: ¿Dónde ha
estado usted tanto tiempo?

Aunque de inmediato se